

Por el autor de *El poder del perro*

DON WINSLOW



SATURDI

Una novela inspirada en **Shibumi**, el clásico de Trevanian

«Al acabar una novela de Don Winslow queda una sensación de vacío y el deseo de que llegue pronto la siguiente.»

Sergio Vila-Sanjuán (*La Vanguardia*)

Satori (nombre), del japonés: instante de conciencia súbita o de iluminación individual; el primer paso hacia el nirvana.

Transcurre el otoño de 1951 y la guerra de Corea está en pleno apogeo. Nicholai Hel, de veintiséis años, ha pasado los tres últimos en prisión incomunicada, a manos de los americanos. Hel es maestro de la hoda korosu o «matanza sin armas», habla fluidamente varios idiomas y ha afinado su extraordinaria «sensación de proximidad», conciencia adicional ante una presencia peligrosa. Posee las aptitudes para convertirse en el asesino más temible del mundo y en este preciso momento la CIA lo necesita. Los americanos le ofrecen la libertad a cambio de un modesto servicio: trasladarse a Pekín y asesinar al delegado de la Unión Soviética en China. Evidentemente, se trata de una misión suicida, pero Hel acepta, por lo que tendrá que sobrevivir al caos, la violencia, las sospechas y las traiciones mientras se esfuerza por alcanzar el objetivo final del satori: la posibilidad de la comprensión verdadera y la armonía con el Universo.

El éxito de ventas que fue el origen de todo: SHIBUMI Nicholai Hel es el hombre más buscado del mundo. Nacido en Shanghai tras el caos de la Primera Guerra Mundial, Hel es hijo de una aristócrata rusa y de un misterioso alemán, así como protegido de un maestro de go japonés. Sobrevivió a la catástrofe de Hiroshima y se convirtió en el amante más refinado y en el asesino más consumado y mejor pagado del mundo. Hel es un genio, un místico y un maestro de las lenguas y la cultura. Su secreto radica en su empeño por alcanzar una peculiar excelencia personal, un estado de perfección sin esfuerzo, conocido simplemente como shibumi.

PRIMERA PARTE

Tokio, octubre de 1951

1

Nicholai Hel contempló la hoja de arce que, cayendo de la rama, revoloteó a causa de la suave brisa y se posó delicadamente en el suelo. Era hermosa.

Saboreó el primer atisbo de la naturaleza que veía después de pasar tres años de prisión, incomunicado en la celda de una cárcel americana, aspiró el aire diáfano del otoño, se llenó los pulmones y lo retuvo unos instantes antes de soltarlo.

Haverford lo confundió con un suspiro.

—¿Se alegra de estar al aire libre? —le preguntó el agente.

Nicholai no respondió. El americano carecía de importancia para él, era un comerciante más, como el resto de sus compatriotas, que trapicheaban espionaje en lugar de coches, crema de afeitar o Coca-Cola. Nicholai no tenía la menor intención de sostener una conversación disparatada ni, menos aún, de permitir que ese funcionario accediese a sus pensamientos íntimos.

«Evidentemente, me alegro de estar libre», pensó mientras volvía la vista hacia las paredes grises y desoladas de la cárcel de Sugamo. Se preguntó por qué los occidentales experimentaban la necesidad de verbalizar lo evidente e intentaban definir lo inexpresable. Perteneecía a la naturaleza de la hoja de arce caer en otoño. «Maté al general Kishikawa, lo más parecido a un padre que he tenido, porque hacerlo forma parte de mi naturaleza... y porque era mi deber filial. Los americanos me encarcelaron porque, dada su naturaleza, no podían hacer otra cosa.»

Y en ese momento le ofrecían la «libertad» porque lo necesitaban.

Nicholai reanudó el paseo por el sendero empedrado y flanqueado de arces. Un tanto sorprendido al experimentar una punzada de ansiedad por estar fuera del espacio cerrado y reducido de su celda, combatió la sensación de mareo desencadenada por el cielo abierto. Ese mundo era inmenso y estaba vacío; ya no quedaba nadie allí, salvo él mismo. Tras haber sido su propia y adecuada compañía durante tres años, a los veintiséis volvía a entrar en un universo que ya no conocía.

Haverford lo había previsto, pues consultó a un psicólogo para informarse de las cuestiones que afrontan los presos cuando vuelven a la sociedad. Freudiano clásico y con típico acento vienes, el especialista advirtió a Haverford que «el sujeto» seguramente se había acostumbrado a las limitaciones de su encarcelamiento y que al principio quedaría abrumado por el enorme espacio con el que se toparía en el exterior. Añadió que era aconsejable trasladarlo a una habitación pequeña, sin ventanas y con acceso voluntario a un patio o jardín para que se aclimatara poco a poco. Los espacios abiertos y las grandes urbes, con sus bulliciosos pobladores y el ruido incesante, seguramente alterarían al sujeto.

Por consiguiente, Haverford consiguió un cuarto pequeño en una tranquila casa refugio de los suburbios de Tokio. Por lo que averiguó de lo que podía saberse de Nicholai Hel, dedujo que el hombre no se agobiaría ni se disgustaría con facilidad. Hel mostraba un anormal dominio de sí mismo, una serenidad que casi resultaba condescendiente y una seguridad que con frecuencia traspasaba el límite y se convertía en arrogancia. A primera vista, Hel parecía la combinación perfecta de su madre rusa aristócrata y de su padre sustituto samurái, el criminal de guerra Kishikawa, a quien había librado del deshonor de la soga del verdugo con un único golpe de dedo en la tráquea.

«A pesar del pelo rubio y los intensos ojos verdes, Hel es más asiático que occidental —concluyó Haverford—. Incluso su manera de caminar es asiática..., con las manos cruzadas a la espalda para ocupar el menor espacio posible y no causar inconvenientes a quienes se acercan desde el otro lado, con el cuerpo alto y delgado ligeramente encorvado por recato. De apariencia europea y esencia asiática». Tenía sentido, ya que su madre, expatriada, lo había criado en Shanghai y, cuando los japoneses tomaron la ciudad, Kishikawa se hizo cargo de su educación. A la muerte de la progenitora, Kishikawa trasladó al niño a Japón para que viviera y estudiase a las órdenes de un maestro de go, un juego de mesa indescriptiblemente complejo y sutil, una especie de ajedrez japonés, aunque cien veces más enrevesado.

Hel se convirtió en maestro por derecho propio.

Por consiguiente, no era de extrañar que reflexionase como un asiático.

Nicholai percibió que su acompañante pensaba en él. Se dijo que los americanos son increíblemente transparentes y que sus pensamientos resultan tan obvios como los guijarros en el lecho de un estanque límpido y plácido. Le daba igual lo que Haverford pensase: no se pide opinión al empleado de una tienda de comestibles, pero le molestó. Centró la atención en el sol que le daba de lleno en la cara y notó el calor en su piel.

—¿Qué quiere? —preguntó Haverford.

—¿En qué sentido?

Haverford rió entre dientes. Casi todos los hombres que abandonan un largo cautiverio desean tres cosas: una copa, una comida y una mujer, no siempre en ese orden. Como no estaba dispuesto a consentir la arrogancia de Hel, dijo en japonés:

—En el sentido de qué es lo que quiere.

Ligeramente impresionado al percatarse de que Haverford hablaba japonés e interesado porque se había negado

a ceder una piedra minúscula del tablero, Nicholai replicó:

—Supongo que no es capaz de conseguir una taza de té aceptable.

—A decir verdad, he dispuesto una modesta *cha-kai*. Espero que la encuentre aceptable.

«La formal ceremonia del té», pensó Nicholai. Era bastante interesante.

Un coche esperaba al final de la calzada. Haverford abrió la portezuela trasera y dejó pasar a Nicholai.

2

La *cha-kai* no solo fue aceptable, sino sublime.

Nicholai saboreó cada sorbo de la *cha-noyu* mientras permanecía cruzado de piernas en el suelo acolchado con tatamis, junto a la mesa lacada. El té era excelente, lo mismo que la geisha que estaba arrodillada a poca distancia, la suficiente como para no oír la poca conversación.

Nicholai comprobó sorprendido que el funcionario Haverford conocía muy bien la ceremonia del té y sirvió con impecable cortesía e intachable ritual. Al llegar a la casa de té, Haverford se disculpó porque, por necesidad, no había más invitados, y condujo a Nicholai hasta la *machiai*, la sala de espera, donde le presentó a una geisha bella y exquisita.

—Se llama Kamiko-san y hoy será mi *hanto* —explicó Haverford.

Kamiko hizo una reverencia, entregó el quimono a Nicholai y le ofreció *sayu*, una taza de la misma agua caliente que utilizaría para preparar el té. Nicholai bebió un sorbo y, mientras Haverford se disculpaba y salía a preparar la infusión, Kamiko llevó a Nicholai al *roji*, el «terreno del rocío», un jardincillo en el que no había flores, sino rocas. Se sentaron en el banco de piedra y, sin conversar, disfrutaron de la paz y la tranquilidad.

Minutos después, Haverford, ataviado con el quimono, se acercó a una pila de piedra y se lavó con toda la ceremonia la boca y las manos con agua limpia; franqueó el pórtico del medio para entrar en el *roji* y dio formalmente

la bienvenida a Nicholai con una reverencia. Por su parte, este se purificó en la *tsukubai*.

Para entrar en la *cha-shitsu*, la casa de té, tuvieron que atravesar una puerta corredera de solo noventa centímetros de altura, lo que los obligó a agacharse, acto que simboliza la frontera entre el mundo físico y el reino espiritual de la casa de té.

La *cha-shitsu* era exquisita, elegante por su simplicidad y expresión acabada del *shibumi*. Fieles a la tradición, ante todo se dirigieron a un rincón en cuya pared colgaba el *kakemono*, el pergamino caligrafiado para conmemorar la ocasión. En su papel de invitado, Nicholai admiró las hábiles pinceladas que representaban el símbolo japonés del *satori*.

Nicholai pensó que se trataba de una elección interesante. El *satori* es el concepto budista zen del despertar súbito, la comprensión de la vida tal como es. No surge como consecuencia de la meditación o el pensamiento consciente, sino que se presenta con el susurro de la brisa, el chisporroteo de la llama o la caída de una hoja.

Nicholai no conocía el *satori*.

Delante del *kakemono*, en un pequeño pie de madera, había un cuenco con una única ramita de arce.

Se aproximaron a una mesa baja, sobre la cual había un hornillo de carbón y un hervidor. Mientras Nicholai y Kamiko se sentaban en el tatami, con las piernas cruzadas y junto a la mesa, Haverford hizo una reverencia y abandonó la estancia. Segundos después sonó el gong y regresó con el *cha-wan*, el cuenco de cerámica roja que contenía el batidor y la cucharilla del té más un paño.

En su condición de *teishu* o anfitrión, Haverford se arrodilló delante de la mesa, en el lugar que le correspondía, directamente frente al hornillo y a Nicholai. Limpió los utensilios con el paño, llenó el cuenco con agua caliente, aclaró el batidor, tiró el agua en otro cuenco y volvió a secar con cuidado el del té.

Aunque disfrutó del ritual secular, Nicholai no quiso caer en la complacencia. Era evidente que el americano había investigado y estaba al tanto de que, en los pocos años de libertad de los que había disfrutado en Tokio, antes de que lo encarcelaran, Nicholai había creado un hogar japonés formal, criados incluidos, y había respetado las tradiciones ancestrales. Seguramente sabía que la *chai-kai* le resultaría nostálgica y reconfortante.

Nicholai pensó qué le había producido esos sentimientos y que debía de ser cauteloso.

Haverford le ofreció la cucharilla del té, abrió un pequeño recipiente e hizo una pausa para dar tiempo a su invitado a que apreciase el aroma. Sorprendido, Nicholai se percató de que se trataba de *koi-cha*, procedente de plantas centenarias que solo se cultivan a la sombra en determinadas zonas de Kioto. No podía ni imaginar lo que ese *mat-cha* había costado y, a renglón seguido, se preguntó qué precio supondría para él, ya que los americanos no habían apelado a semejante extravagancia a cambio de nada.

Haverford hizo una pausa para llegar al momento exacto, introdujo un pequeño cucharón en el recipiente y extrajo seis medidas de té verde claro, finamente molido, que volcó en el *cha-wan*. Utilizó el cucharón de bambú para echar agua caliente en el cuenco, cogió el batidor y mezcló los ingredientes hasta formar una pasta espesa. Examinó lo que acababa de hacer, se dio por satisfecho y le pasó el cuenco a Nicholai.

De acuerdo con el ritual, Nicholai hizo una reverencia, cogió el *cha-wan* con la diestra, lo pasó a la mano izquierda y lo apoyó en la palma. Lo giró tres veces en el sentido de las agujas del reloj y bebió un largo sorbo. El té era excepcional. Nicholai terminó amablemente de beber con un ruidoso sorbo. A continuación limpió el borde del *cha-wan* con la mano derecha, lo giró una vez en el sentido de las agujas del reloj y se lo devolvió a Haverford, que hizo una reverencia y bebió.

La *cha-kai* entró en una fase menos formal cuando Haverford limpió de nuevo el *cha-wan* y Kamiko añadió carbón al hornillo para preparar una infusión menos espesa. De todas maneras, era imprescindible respetar las formalidades y, en su condición de invitado, Nicholai tomó la palabra para referirse a los utensilios empleados en la ceremonia.

—El *cha-wan* es del periodo Momoyama, ¿no? —le preguntó a Haverford, pues había reconocido el tinte rojo característico—. Es muy bonito.

—Sí, es Momoyama, pero no se trata del mejor ejemplar —respondió Haverford.

Ambos sabían que ese cuenco del siglo XVII era francamente de un valor incalculable. El americano se había tomado muchísimas molestias y había incurrido en gastos considerables para organizar esa «modesta» *cha-kai*. Nicholai se preguntó a qué se debía.

Haverford fue incapaz de disimular su satisfacción al descubrir la sorpresa que le había preparado.

«Hel, no te conozco, pero tú tampoco sabes quién soy yo», pensó Haverford mientras volvía a sentarse con las piernas cruzadas.

A decir verdad, Ellis Haverford era distinto a los matones de la Compañía que, durante tres días de interrogatorios brutales, habían convertido a Nicholai en sangriento picadillo. Oriundo del Upper East Side neoyorquino, había rechazado Yale y Harvard y había optado por Columbia, pues le parecía inconcebible que alguien quisiera vivir en un lugar que no fuese la isla de Manhattan. Se especializó en historia y en lenguas orientales cuando bombardearon Pearl Harbor, y, por lo tanto, valía para trabajar en las oficinas de los servicios de inteligencia.

Haverford no quiso seguir ese camino, se alistó en los marines y dirigió un pelotón en Guadalcanal y una compañía en Nueva Guinea. Con condecoraciones como el Corazón Púrpura y la Cruz de la Armada en su pecho, finalmente

se dio cuenta de que desaprovechaba su educación, accedió a dedicarse al aspecto secreto de la guerra y acabó entrenando movimientos autóctonos de resistencia a los japoneses en las selvas de la Indochina francesa. Hablaba de un modo fluido francés, japonés y vietnamita, y era capaz de hacerse entender en algunas zonas de China. Tan aristocrático, a su manera, como Hel, aunque procedente de una familia con mucho más dinero, Ellis Haverford era uno de esos contados individuos que parecen estar cómodos en cualquier ambiente, incluida una exclusiva casa de té japonesa.

Kamiko sirvió té suave y se presentó con la *mukozuke*, una bandeja de tentempiés ligeros: *sashimi* y verduras en escabeche.

—La comida está bien —dijo Nicholai mientras Kamiko servía.

—Es basura —afirmó Haverford para cumplir con los formalismos—. Lamento no poder ofrecerle algo mejor y lo siento mucho.

—Es más que suficiente —añadió Nicholai y, sin darse cuenta, adoptó los modales japoneses que hacía años que no tenía ocasión de utilizar.

—Y usted es más que amable —replicó Haverford.

Nicholai reparó en la atención pasiva que Kamiko les prestaba y propuso:

—¿Cambiamos de idioma?

Haverford estaba al tanto de que Hel hablaba inglés, francés, ruso, alemán, chino, japonés y, curiosamente, vasco, de modo que tenía dónde elegir. Propuso hablar en francés y Nicholai aceptó.

—Sintetizando, me ha ofrecido cien mil dólares, la libertad, un pasaporte costarricense y las direcciones particulares del comandante Diamond y sus aprendices a cambio de un servicio que, por lo que supongo, incluye un asesinato.

—La palabra «asesinato» es de mal gusto, pero he de reconocer que ha entendido correctamente los elementos

básicos del trato —dijo Haverford.

—¿Por qué me han elegido?

—Porque posee ciertas características singulares..., que se combinan con las habilidades concretas que la misión requiere.

—¿A qué se refiere?

—Todavía no tiene por qué saberlo.

—¿Cuándo empiezo? —quiso saber Nicholai.

—Más bien se trata de saber cómo empieza.

—De acuerdo. ¿Cómo empiezo?

—En primer lugar, le arreglaremos la cara —contestó Haverford.

—¿Le parece desagradable? —preguntó Nicholai, consciente de que su semblante antaño guapo se había convertido en un enredo torcido, inflamado y dislocado a causa de los puñetazos y los cachiporrazos del comandante Diamond y sus secuaces.

Nicholai había trabajado como traductor para los americanos hasta que mató a Kishikawa-san; Diamond y sus pistoleros a sueldo lo golpearon antes de someterlo a horribles experimentos que distorsionan la mente con drogas psicotrópicas. El dolor había sido bastante intenso y la desfiguración todavía peor, pero lo que más lo afectó fue la pérdida del control, la terrible impotencia, la sensación de que Diamond y sus repugnantes ayudantes le habían arrebatado el ser, con el que habían jugado de la misma forma en que un niño malintencionado y estúpido se entretiene con un animal cautivo.

«Cuando llegue el momento me ocuparé de ellos —pensó—. Me encargaré de Diamond, de sus matones, del médico que me dio las inyecciones y que, con impasible interés clínico, observó las consecuencias que provocaron en el "paciente"... Todos volverán a verme, aunque fugazmente, segundos antes de morir. En este momento tengo que llegar a un acuerdo con Haverford, algo imprescindible si quiero vengarme. Al menos él es interesante: va vestido de

manera impecable, no hay dudas de su educación y, está claro, es hijo de lo que en Estados Unidos pasa por ser la aristocracia.»

—En absoluto —replicó Haverford—. Estoy convencido de que, cuando dañamos algo, debemos repararlo. Me parece que es justo.

Nicholai concluyó que, de forma sutil y muy poco americana, Haverford intentaba decirle que no formaba parte de ellos. Por descontado que lo era, tanto su vestimenta como su educación no eran más que un barniz de la misma vasija resquebrajada.

—¿Y si no quiero que me reparen? —preguntó Hel.

—En ese caso y muy a mi pesar tendremos que cancelar nuestro acuerdo —repuso Haverford amablemente, contento porque en francés quedaba suavizado lo que en inglés habría sido un ultimátum tajante—. Su aspecto actual daría pie a preguntas, cuyas respuestas no coinciden con la tapadera que con mucho esfuerzo hemos creado para usted.

—¿Ha dicho tapadera?

—Una nueva identidad —respondió Haverford, y recordó que, pese a ser un asesino eficiente, Hel era neófito en el universo del espionaje—. Una nueva identidad que incluye una historia personal ficticia.

—¿De qué se trata? —dijo Nicholai.

Haverford negó con la cabeza.

—Aún no tiene por qué saberlo.

Nicholai decidió ponerlo a prueba y añadió:

—Estaba bastante satisfecho en mi celda. Podría regresar.

—Ya lo creo —coincidió Haverford—. Nosotros podríamos decidir que lo juzgamos por el asesinato de Kishikawa.

Nicholai se dijo que Haverford había jugado bien sus cartas y llegó a la conclusión de que debía ser más cauteloso en sus negociaciones con él. Comprendió que no había forma de lanzar un ataque y se replegó como la marea que mengua lentamente.

—La operación de mi cara..., supongo que hablamos de cirugía...

—Así es.

—También supongo que será dolorosa.

—Muy dolorosa.

—¿Cuánto durará la recuperación?

—Varias semanas —respondió Haverford. Llenó nuevamente la taza de té de Nicholai, la suya y, con una inclinación de cabeza, pidió a Kamiko que preparase más—. De todas maneras, no las desaprovechará. Tiene mucho trabajo por delante. —Nicholai enarcó las cejas—. Su francés —puntualizó Haverford—. Su vocabulario es impresionante, pero el acento deja mucho que desear.

—Si lo oyese, mi niñera francesa se sentiría muy ofendida.

Haverford pasó a hablar en japonés, idioma más adecuado que el francés para manifestar un amable pesar.

—*Gomen nosei*, pero su nuevo dialecto tiene que ser más sureño.

A Nicholai le habría gustado saber a qué se debía, pero no preguntó nada, pues no quería mostrarse demasiado curioso ni, mucho menos, interesado.

Kamiko mantuvo una distancia prudencial y, al percatarse de que Haverford había terminado de hablar, hizo una reverencia y sirvió el té. Llevaba un peinado maravilloso, tenía piel de alabastro y ojos chispeantes, y Nicholai se picó al notar que Haverford se había dado cuenta de que la miraba.

—Hel-san, está todo arreglado.

—Se lo agradezco, pero no —repuso Nicholai, para nada dispuesto a conceder al americano la satisfacción de haber percibido correctamente sus necesidades físicas. Si lo hacía revelaría su debilidad y concedería la victoria a Haverford.

—¿Está seguro? ¿Habla en serio? —insistió el otro.